

JOAQUIN RUIZ GIMENEZ

HE aquí un hombre perfectamente civilizado, que tiene un bufete jurídico perfectamente civilizado, que está al frente de un despacho político perfectamente civilizado, que encabeza un partido perfectamente civilizado. No hay nada en Don Joaquín Ruiz Giménez que sea desmedido, hirsuto y violento: los cantos y aristas de su personalidad están suavemente moldeadas por el Derecho Natural. Pero debajo del gesto amable, del entorno de suprema cortesía, de las exquisitas maneras del trato social se adivina la dura convicción o la intrepidez o el proselitismo del converso: del que a su debido tiempo ha caído del caballo en el camino de Damasco. Ruiz Giménez conserva todavía de los rescoldos de su antigua fe de carbonero una brasa viva que él ha puesto hoy decididamente al servicio de la democracia. Algunos llegan al marxismo a través del racionalismo, como una depuración de la lógica. Ruiz Giménez ha llegado a la democracia y al ejercicio de la libertad a través de la ética, en un proceso que ha sacado a flote los valores de la buena crianza y la hombría de bien. Ruiz Giménez nos citó para la entrevista en su despacho a las nueve en punto de la mañana, que no se sabe si es la hora nona o la hora de mailines, pero que es sin duda una hora madrugadora e intempestiva en la que los camioneros toman la última copa de anís para quitarse de encima los escalofríos del reciente. Por lo que se ve, los hombres que nos van a traer la democracia madrugan mucho. Eso es siempre una garantía. Ruiz Giménez habla y gesticula con refinada educación, como un profesor que domina el medio y la disciplina. También con la conciencia de un hombre público que ha elegido de una vez por todas su camino. Estas son las preguntas y las respuestas.

H. L.—¿Cuál es, en este momento justo, su estrategia, su puesto de tiro, en la política española?

R. G.—Ustedes ya saben que estamos en un movimiento democrático de inspiración cristiana unos cuantos hombres y que eso se llama Izquierda Democrática. Lo de izquierda se refiere, en primer término, al cambio de las estructuras socioeconómicas de forma gradual, no como un elefante que entra en una cacharrería, pero yo diría que de manera inexorable. En segundo lugar, quisiera también

ser un intento de renovación de la actitud de hombres cristianos en la vida cultural, no llevar siempre el peso de una cultura heredada, tradicional, sino de asumir todo lo que hay de válido y legítimo en la obra creadora del momento en que estamos. Finalmente, nuestra posición es de Partido no confesional. Creemos que la separación de Iglesia y Estado es muy importante. Por otra parte, estamos dentro de Coordinación Democrática, eso ya no es un secreto y, por consiguiente, hay que repetirlo. Porque estimamos que, para que de verdad en este país haya un cambio en profundidad en el orden, tanto político, cuanto social, es muy importante la conjugación de esfuerzos de todos los sectores que estén verdaderamente en la oposición. Sabíamos que eso nos iba a reportar problemas, dificultades, incomprensiones, dentro y fuera de España, pero los hemos asumido con plena conciencia de que era nuestro deber histórico y ahí estamos. Me parece que con esto nos hemos situado.

H. L.—¿Esas dificultades a que usted se refiere de fuera de España, cuáles son?

R. G.—Las de fuera de España son, en primer lugar, que los Partidos demócrata - cristianos de la unión Europea democrático - cristiana, están en este instante en luchas electorales, difíciles. Está así la democracia - cristiana en Italia, la democracia - cristiana en Alemania afronta dentro de muy pocos meses una batalla decisiva y, en su dialéctica electoral, para ellos los enemigos son: el partido comunista en Italia y, en parte, los movimientos socialistas. Y en Alemania también, porque aunque el socialismo alemán y el socialismo en general europeo es un socialismo muy moderado, más hacia lo que llamaríamos la social-democracia que hacia un socialismo marxista riguroso, pero la verdad es que en esa dialéctica electoral los partidos demócrata-cristianos se enfrentan con los partidos socialistas. Cualquier actitud de un partido que forma parte de la unión europea democrático - cristiana y que sin embargo asume posiciones muy distintas, les produce, no digo que escándalo, pero en todo caso les turba su imagen electoral. Eso, unido a ciertas actuaciones de algunos miembros del gobierno español, ha contribuido a atizar la animosidad de los sectores demócrata-cristianos de fuera de España respecto a quienes en España

hemos tomado las posiciones que hemos dicho antes, pero no nos importa. Hemos afrontado esas dificultades, hemos puesto de relieve que nuestra situación, salvadas todas las diferencias, pero de alguna manera se pudiera parangonar a la que ellos mismos tuvieron al final de la segunda guerra mundial. Al final de la segunda guerra mundial, todos los partidos demócrata - cristianos estaban del lado de la libertad, estaban frente a los fascistas y De Gasperi tuvo en su

Gobierno a Togliati, el General De Gaulle que aunque no fuera demócrata - cristiano, tuvo a Thorez en su Gobierno, incluso los alemanes que ahora tanto se rasgán las vestiduras, estuvieron en un frente antifascista en el cual están ahora los comunistas. Es decir, que ellos se tienen que acordar de ese instante que fue la resistencia y la construcción de una democracia en sus respectivos países y estuvieron todos juntos. De alguna manera nosotros nos preguntamos si

AL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, TODOS LOS PARTIDOS DEMOCRATA-CRISTIANOS ESTABAN DEL LADO DE LA LIBERTAD, ESTABAN FRENTE A LOS FASCISTAS.

EL FUTURO NO SERA EL DE LA GUERRA CIVIL, SERA EL DE LA RECONCILIACION, EL DE LA CONVIVENCIA ENTRE LOS ESPAÑOLES.



—repito que salvadas todas las distancias históricas— el momento en que España se encuentra no es en el de construir entre todos un sistema democrático. Cuando ese sistema esté en marcha cada uno de nuestros respectivos partidos asumirá plena identidad e irá a la lucha electoral con su programa y con la alianza de aquellas personas o sectores que sean más afines. No se trata de una especie de compromiso histórico al estilo que algunas veces se ha preconizado en Italia, sino de un acuerdo de todas las fuerzas democráticas para dos objetivos fundamentales. Uno, evitar acabar con la política discriminatoria y de desigualdad que el gobierno ejerce respecto al ejercicio de derechos humanos fundamentales como reunión, manifestación o asociación y, otro, pues a ser posible la convocatoria de unas elecciones libres y la apertura de un periodo constituyente en el cual concurren todos los ciudadanos de España.

H. L.—¿Cómo es posible que al cabo de 40 años de paz tengamos miedo a la misma guerra civil?

R. G.—El miedo es libre, como dice un viejo proverbio. El miedo puede ser conscientemente fomentado y yo creo que, de alguna manera, desde el poder se ha seguido fomentando el miedo. En este caso se enarbolaba, concretamente, el miedo al comunismo, pero igual podría enarbolarse el miedo a cualquier otro movimiento social que representara la pérdida de la comodidad para quienes están instalados tranquilamente en su vida. A mi me parece que, efectivamente, la propaganda oficial ha mantenido la dialéctica de la guerra civil. Superar eso no es fácil, superar eso exige generosidad y espíritu de justicia, sobre todo espíritu de justicia, por eso nosotros hemos insistido tanto en la idea de la amnistía, porque la idea de la amnistía era ponerse por encima de la fractura de la guerra civil. Pero también diría que los sectores más jóvenes, el setenta por ciento de la población española tiene menos de cuarenta años, no vivieron la guerra civil. Yo vivo la experiencia en mi propia casa—ustedes saben que yo tengo una familia numerosa, tengo once hijos— y esos once hijos míos, no solamente no viven la guerra civil, sino que están mucho más allá, es decir, que han superado por completo eso y aún habiendo vivido en un ambiente de un padre que luchó en la guerra civil, son absolutamente solidarios de los